



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

CELEBRACIÓN EN FAMILIA DE LA PALABRA DE DIOS



Quinto domingo de Cuaresma
Domingo 29 de marzo de 2020

Ambientación

La familia se sienta en círculo y pone en el centro la Biblia y un cirio encendido

Introducción

(La puede leer el padre o la madre de familia).

La Arquidiócesis de Bogotá, presidida por nuestro Arzobispo, el Señor Cardenal Rubén Salazar Gómez, ha decidido cerrar las puertas de nuestras iglesias parroquiales y capillas para evitar la expansión del coronavirus. Esto implica que no podremos reunirnos con la comunidad católica en nuestros templos para celebrar las eucaristías como lo hacemos todos los domingos, ni durante la Semana Santa.

El hecho de que no celebremos durante unas semanas con toda la comunidad en el templo, no significa que no podamos vivir en familia la Pascua del Señor, unidos de corazón a toda la Iglesia. Vamos entonces a encontrarnos con Dios por medio de su palabra y a orar por las necesidades de nuestra familia, de nuestra ciudad, de nuestra patria Colombia y del mundo entero, pues somos una pequeña iglesia doméstica en la que el Señor se hace presente, nos habla por medio de su Palabra y en la que podemos elevarle nuestras plegarias.



Antes de escuchar el Evangelio pidámosle a Dios que nos dé su Espíritu Santo para que escuchemos con fe su Palabra y nos dejemos iluminar y transformar por ella (*Se dejan unos instantes de silencio para que cada uno invoque la luz del Espíritu Santo*).

Comentario antes del Evangelio

(Lo puede leer un abuelo o abuela, el padre o la madre u otro miembro de la familia).

Canto: Tu palabra me da vida

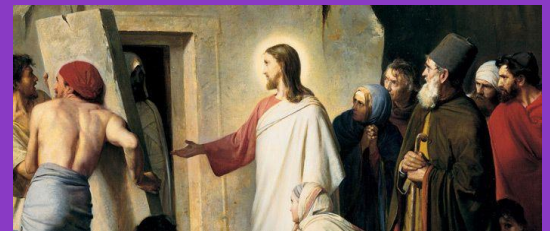
Tu palabra me da vida, confío en ti, Señor.

Tu Palabra es eterna, en ella esperaré.

El Evangelio de hoy nos permite reconocer a Jesús como nuestro Dios y Señor, dueño de la vida y de la muerte quien con su resurrección nos abre las puertas de la eternidad y le dice a la muerte que de ninguna manera tiene ella la última palabra.

Lectura del santo evangelio según san Juan Jn 11, 1-45.

(La puede leer uno de los miembros de la familia).



"Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: «Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo.» Al oírlo Jesús, dijo: «Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.» Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: «Volvamos de nuevo a Judea.» Le dicen los discípulos: «Rabbi, hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?» Jesús respondió: «¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él.» Dijo esto y añadió: «Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle.» Le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, se curará.» Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por ustedes de no haber estado allí, para que crean. Pero vayamos donde él.» Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él.»

Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén como a unos 2 kilómetros y medio, y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano. Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras

María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.» Le dice Jesús: «Tu hermano resucitará.» Le respondió Marta: «Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día.» Jesús le respondió: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?» Le dice ella: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo.» Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: «El Maestro está aquí y te llama.» Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue donde él.

Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con María en casa consolándola, al ver que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí. Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.» Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: «¿Dónde lo han puesto?» Le responden: «Señor, ven y lo verás.» Jesús se echó a llorar. Los judíos entonces decían: «Miren cómo le quería.» Pero algunos de ellos dijeron: «Este, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera?» Entonces Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra.

Y les dice Jesús: «Quiten la piedra.» Le responde Marta, la hermana del muerto: «Señor, ya huele; es el cuarto día.» Le dice Jesús: «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?» Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.» Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!» Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: «Desátenlo y déjenle andar.» Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él.

Palabra del Señor.

(Lo puede hacer el padre o la madre).

Nos encontramos hoy con un relato que muestra de una manera muy clara los sentimientos de Jesús, sus relaciones personales que evidencian su profundo sentido de solidaridad con el sufrimiento causado por la enfermedad y que llega incluso a provocar la muerte, su llanto por su gran amigo Lázaro y hasta los reproches de las hermanas quienes le reclaman no haber llegado antes para evitar lo sucedido.

Es Jesús, verdadero hombre, quien ama profundamente a sus amigos, a las familias que le han recibido en el seno de sus hogares, como era el de Lázaro y sus hermanas Marta y María. Es Jesús quien se pone en camino hacia la casa de aquel acompañado por sus discípulos. Es Jesús quien va al encuentro de Lázaro para que no acabe en la muerte. Es Jesús quien visita a las dolientes y las consuela llamándolas a la fe. Es Jesús quien llora y siente inmenso dolor y se acerca a la tumba de su amigo.

Al mismo tiempo podemos descubrir la condición divina de Jesús. Es el maestro que enseña a sus discípulos que hay una hora para esperar y otra para actuar; es quien conduce a la humanidad hacia la Luz venciendo toda tiniebla de error y de pecado; es el Señor de la vida quien interpreta la prematura muerte de su gran amigo Lázaro como un sueño; es el Mesías, el Hijo de Dios quien debía venir al mundo, reconocido por Marta; es quien tiene una comunión tan profunda con el Padre que le suplica y con un grito fuerte le dice a Lázaro que salga de la tumba y le devuelve a la vida en este mundo.

Así, en este maravilloso relato del evangelio de Juan, descubrimos a Jesús verdadero hombre y verdadero Dios, como lo decimos en el Credo.

Ahora nosotros, pensemos en la capacidad que tenemos de reconocer nuestros sentimientos pues, así como lo hace Jesús, también nosotros estamos invitados a hacerlo, con mesura, con sentido de comunión con nuestros seres queridos, sobre todo en este momento en que estamos juntos más tiempo del que estábamos acostumbrados. Oremos por nuestros amigos, nuestros familiares y conocidos, pero, sobre todo, por las personas que están enfermas en estos momentos y en tristeza por la muerte de sus seres queridos.

La realidad de la muerte en estos días en el seno de una familia está sometida a ser vivida por el núcleo más íntimo de los familiares, pues ya ni podemos acompañar a un velorio o exequias en las iglesias; por ello hay que fortalecer mucho más nuestra intercesión por los fieles difuntos, tanto cercanos como del mundo entero que a diario mueren por el Coronavirus.

Finalmente reconozcamos a Jesús como nuestro Dios y Señor, dueño de la vida y de la muerte quien con su resurrección nos abre las puertas de la eternidad y le dice a la muerte que de ninguna manera tiene ella la última palabra. Que Jesús nos saque de la oscuridad de nuestro pecado y nos lleve a la vida auténtica de discípulos, quienes aprendemos todos los días de Él, de su Palabra y de su ejemplo de vida.

Preguntas para la meditación en común del Evangelio

Se trata aquí de proponer un diálogo en familia a partir de las siguientes preguntas. La idea no es que todos respondan a todas las preguntas, sino que ojalá ninguno de los miembros de la familia se quede sin participar.

- ¿De qué manera comunicas tus sentimientos a las personas que amas y que son importantes para ti?
- ¿Con qué frecuencia oras por tus seres queridos, por tus amigos?
- Como creyentes decimos ser discípulos de Jesús ¿en qué comportamientos concretos crees que se refleja que eres un verdadero seguidor de Jesús?

Oraciones

Además de estas súplicas se pueden proponer otras de forma espontánea.

Hagamos ahora de esta reflexión una ocasión propicia para la oración, y después de cada plegaria nos unimos diciendo: Señor mío, y Dios mío, escúchanos.

- Te pedimos Señor Jesús que nos ayudes a expresar con amor y acierto lo que sentimos para generar un ambiente de comunión en nuestros hogares. Roguemos al Señor.
- Te pedimos que nos permitas valorar la vida propia y la de los demás siendo muy cuidadosos en medio de la cuarentena que estamos viviendo para que prontamente podamos ver y abrazar a nuestros seres queridos. Roguemos al Señor.
- Te pedimos Señor por todos los enfermos del mundo entero para que en tu amor y providencia les concedas la salud y el bienestar. Roguemos al Señor.
- Te pedimos por todos los difuntos que no han podido tener una celebración de exequias para que les concedas el descanso eterno y a sus familias el consuelo. Roguemos al Señor.

Padre Nuestro

El padre o la madre de familia invita a recitar la oración de Jesús y pide que todos se tomen de la mano. Puede emplear estas u otras palabras semejantes:



Ahora como una familia creyente, acudamos unidos a nuestro Padre del cielo con la oración que Jesús nos enseñó y supliquémosle al Padre de toda familia en el cielo y en la tierra que tenga misericordia de todos sus hijos.

Padre Nuestro....

Oración por la evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá

Uno de los miembros de la familia o todos en coro, leen la oración siguiente.

*Dios Padre Nuestro,
te damos gracias porque,
por medio de tu Hijo Jesucristo,
sigues haciendo camino con nosotros
y vas dando un nuevo rumbo
a nuestra Arquidiócesis de Bogotá
Te pedimos que, bajo el impulso del Espíritu,
salgamos a tu encuentro en nuestro mundo
y como discípulos misioneros,
anunciemos a todos la
alegría del Evangelio
sirviendo misericordiosamente
a los que sufren,
para ser sal de la tierra y luz del mundo
fermento de una nueva sociedad.*

*María estrella de la evangelización
ruega por nosotros.*

Bendición final

*El padre o la madre o los dos juntos dicen esta oración
para concluir.*



El Señor nos bendiga, nos mantenga unidos en su amor, nos proteja de todo mal y nos conceda su alegría y su paz. AMÉN.

Luego pueden hacer la señal de la cruz sobre la frente de sus hijos.

Recitación del Avemaría

Arquidiócesis de Bogotá
Vicaría Episcopal de Evangelización
Cel.: 315 648 41 81
www.arquibogota.org.co